Año X. Enero 5 de 1863. Núm. 2595.

PRECIO
DE SUSCRICION.
MADRID.
Trimestr. **10** rs.
Año. . . . **40** »
PROVINCIAS.
Trimestr. **12** rs
Año. . . . **40** »

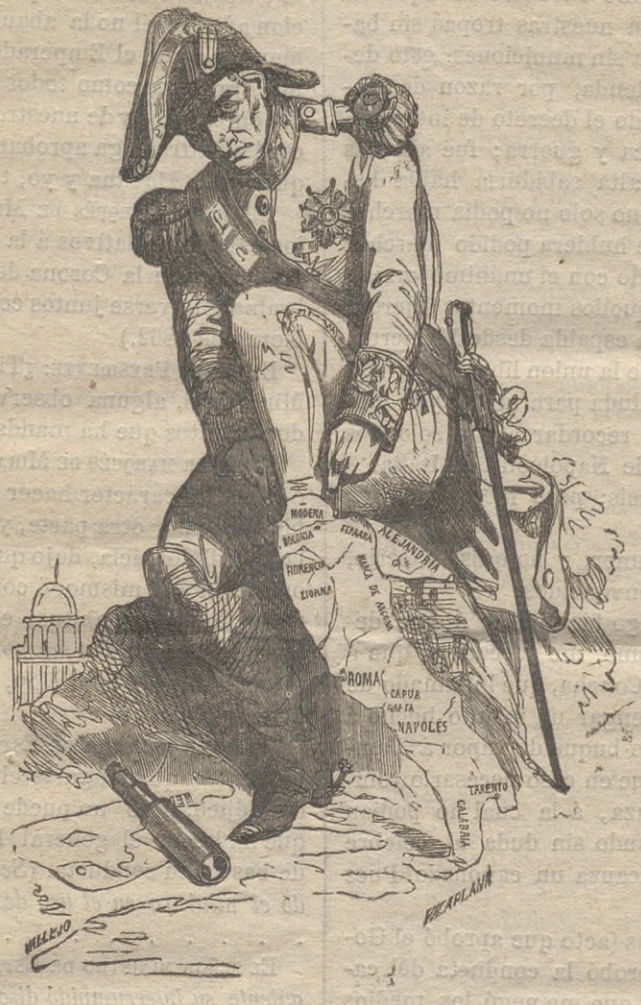
LA IBERIA,

DIARIO LIBERAL.

EDICION SATÍRICA.

Sale a luz, con caricaturas, todos los lunes.

PRECIO
DE SUSCRICION
á los suscritores de las ediciones grandes y pequeñas de *LA IBERIA*, pasado el mes de enero.
6 reales al trimestre en Madrid.
8 reales el trimestre en Provincias.



LA BOTA PARA UN PIÉ.

Hé aquí la lámina que hace más gracia á nuestro gran Leopoldo. Él es apasionado de Radetzki, general austriaco, que si no tenia las entrañas tan negras como las de los cuervos, segun un autor moderno, en cambio las tenia de hierro fundido Radetzki miraba un dia el mapa de Italia, y vió que tenia la forma de una bota, y trató de calzársela á una de sus piernas; pero la Italia *hizo de* sí, se agarró á la bota, y esta es la hora en que el Austria apenas tiene en ella la punta del pié. Pronto la descalzarán por completo.

A don Leopoldo le hacia mucha gracia lo de calzarse la bota, y cuando le han apurado con la cuestion del reconocimiento de Italia, ha esclamado: «La bota que no pudo calzarse Radetzki, es posible que me la calce yo si se me atufan las narices: yo soy más grande que él; ¡yo desciendo de príncipes; yo puedo alegar que los españoles tenemos derechos eventuales á la Corona de Nápoles y á la coronilla de Parma. Y que no me apriete mucho Luisillo, porque para calzar las dos piernas necesito dos botas; con que... ¡cuidado!»

QUINTA ESENCIA

del estracto de la discusion en los asuntos sobre Méjico, en el Senado.

El conde de Reus: Señores: cuantas veces diga yo: *obré, hice y hasta pensé*, entiéndase que no fuí más que el fiel intérprete, el leal ejecutor de la política del Gobierno: y siendo esta de union liberal, ya podeis juzgar cómo habrá sido. Por eso al defender mi conducta, defiendo á ese buen Gobierno; y digo que si nó llegué á Méjico, y si traté con Juarez, á quien debia imponer, fué porque me encontré en aquellas regiones ¡qué prevision! con nuestras tropas sin bagajes, sin recursos, y hasta sin municiones: esto debió ser consejo del de Hacienda, por razon de economía y por no haberse dado el decreto de introduccion libre de efectos de boca y guerra; fué además porque el Gobierno en su alta sabiduría habia dispuesto una espedicion que no solo no podia marchar en son de guerra, pero que hubiera podido marchar en plena paz á haber contado con el unánime auxilio de los mejicanos, que en aquellos momentos dijeron: *volvemos*, y nos volvieron la espalda desde Veracruz. ¡Si es mucha habilidad la de la union liberal!

El Gobierno queria, sin duda para mi mayor gloria, ponerme en el caso de recordar á mis soldados aquella sublime proclama de Napoleon I en Italia:

«Soldados: De todo careceis; pero mejor, porque el enemigo lo tiene.»

Mas yo no estaba de humor, y no quise hacerlo, con *cuya razon* quedareis convencidos.

Además, yo no me espongo fácilmente á que dejándome llevar del entusiasmo, me suceda lo que á mi íntimo amigo el general Concha, que inflamado de amor pátrio y queriendo vengar un insulto hecho á nuestro pabellon, mandó un buque de vapor á Tampico con instrucciones de que en caso necesario rompiera el fuego sobre la plaza, á la cual no podian alcanzar las balas, recordando sin duda al célebre general Cuadrado: «¿No alcanza un cañonazo? Pues tirad dos.»

Yo reembarqué las tropas (acto que aprobó el Gobierno, aunque tambien aprobó la conducta del capitan general de la Habana que me negó los medios para verificarlo: y aunque cuando recibió la noticia, se quedó como quien vé visiones y pensó en formarme Consejo de guerra, y los ministros y sus amigos me pusieron y siguen poniéndome, unos á voz en grito y otros *sotto voce*, de ropa de pascua), porque los pícaros franceses querian jugármela de puño, y yo no me las trago como ruedas de molino.

Sabido es que yo soy muy largo y comprendo el juego: sé que sin perjuicio de aprobar el Gobierno mi conducta, hay periódicos ministeriales y subvencionados (segun el señor Barroeta), que escriben con una conviccion, una lealtad incalculables, y que si yo fuera á apreciar sus servicios, no los valoraria en menos de 12 ó 14,000 rs. mensuales; y aunque algunos me atacan rudamente, no debo darme por ofendido, porque eso entra en la política de la union liberal, á quien yo sirvo, porque ella es el hombre, y el hombre ocupa todavía la presidencia.

Además, yo soy muy terco y no hago caso de indirectas; me rio, y *erre que erre*, continuaré en la union liberal á pesar de los pesares, porque ni esto es partido, ni O'Donnell es jefe, sino cucaña, y cucaña bien larga, á cuyo alcance dedicamos nuestros esfuerzos empujándonos mútuamente; y yo, que me hallo hace algun tiempo cojido al palo, no lo he de soltar á tres tirones.

La oposicion no debe hacérseme como me la hacen algunos, sino como me la ha hecho el general Concha, que á pesar de haber combatido en todos terrenos mi conducta en Méjico, no ha dejado de dispensarme su amistad, á cuyo delicado proceder he correspondido, no esplicándome su aceptacion de la embajada de París, que he reprobado con indignacion aunque él no la abandonára en el solemne momento en que el Emperador de los franceses trató á nuestra Reina como todos sabeis, con la aquiescencia del embajador y de nuestro Gobierno, á quien no atacaré mientras siga aprobando mi conducta. Y el marqués de la Habana y yo, tan amigos como antes.

El señor marqués de Miraflores: Pido que se lean los párrafos relativos á la cuestion de Méjico en los Discursos de la Corona de 1858 y 1861. (Se leen, y braman de verse juntos con las declaraciones del Gobierno en 1862.)

El señor Presidente: ¿Tiene el señor marqués de Miraflores, alguna observacion que hacer sobre los documentos que ha mandado leer?

El señor marqués de Miraflores: No señor; como no está en mi carácter hacer la oposicion á ningun Gobierno, y por otra parte, yo soy tan ducho en esto de la alta diplomácia, dejo que el Gobierno se haga la oposicion á sí mismo, ó como diria el presidente del Consejo con su habitual elocuencia, dejo que el Gobierno se *suicide á sí mismo*. Por lo demás, ni entro ni salgo: ni soy de oposicion, ni voto; con lo cual quedo á ver venir.

El señor ministro de Estado: Señores: el Gobierno ha tenido que tragarse el reembarque de las tropas de Méjico; pero no puede aprobar las apreciaciones que ha hecho el general Prim, y que han servido de base á su conducta. (*Se suspende la sesion, quedando el ministro en el uso de la palabra*). . . . . .

. . . . . .

El señor ministro de Estado (*continuando al dia siguiente su interrumpido discurso*): Caballeros: no hay nada de lo dicho; el Gobierno, no solo aprueba el reembarque, sino cuanto hizo, habló y hasta pensó el general Prim; y declara que los comisarios franceses son, en efecto, unos pícaros, que han tenido la culpa de todo, y que ninguno lo hubiera hecho mejor que el marqués de los Castillejos: y los que le han combatido ó le combatan son unos *bobines*, que no saben de la misa la media. Yo reto á todos á descomunal combate, y á falta de guante, les arrojo mi peluca, como emblema de mi resistencia parlamentaria.

Vengan, pues mi voz sonó,
al estádio de la ciencia
cuantos el mundo crió,
y probarán la elocuencia
de un ministro como yo.

(*El marqués de la Habana sale furioso de su concha, y recoje la peluca en señal de que admite el reto. El general O'Donnell se sonrie como quien está en el secreto, y se endulza las fáuces con un caramelo de higos chumbos.*

Posada Herrera se echa mano á la cabeza, siente que no tiene pelo de diplomático, y esclama por lo bajo: «¡Tú tambien, Bruto!» Salaverría se asusta, creyendo ver en su compañero el de Estado un fabricante de hierro. Negrete acaricia en sus adentros otro famoso nó. *Vega Armijo hace lo de siempre: inquieto, mueve sus piernas, mira á todos lados, y dice al fin, aparte, entre sonriente y desdeñoso: «¡Si tuviera yo aquí la manta y la montera, ya sabrian lo que me callo!...» Zavala salta en su asiento como un grumete, creyendo ganada la jugada. Prim se rie á carcajada tendida de los periódicos ministeriales; y los senadores, y los diputados, y los espectadores, y los taquígrafos, y hasta los maceros se creen por un momento en la representacion de alguna comedia de mágia, convertida en zarzuela por Camprodon.)*

Por lo demás,—continúa el señor ministro de Estado,—á los *delgados* argumentos que con tanta *esplicitud* ha espuesto el señor Bermudez de Castro, sobre el mal estado á que ha conducido el Gobierno nuestras relaciones esteriores, le diré para que quede anonadado ante mi gran habilidad diplomática y ante la elevacion de nuestra política esterior, que el Austria ha concedido á la infanta doña Isabel una condecoracion.

(*Al oir razon de tanto peso, tres grandes senadores, tres notabilidades parlamentarias, tres caballeros particulares, aunque son tambien generales; las tres Gracias, como si dijéramos, del Senado; ¡los señores Hoyos, Iriarte y Aleson, se entusiasman, aplauden al gran Metternich; piden á voz en grito «¡la votacion, la votacion!» y esclaman llenos de fervor ministerial: «No más discursos, no más discursos: es inútil todo, despues de oir á don Saturnino.»*)

En resúmen, señores,—continúa el ministro de Estado:—en la primera parte de mi discurso, he combatido al general Prim; pero en la segunda le he defendido; y como dos fuerzas iguales y contrarias se destruyen, mi discurso se ha reducido á *cero*. Esto es lo que hago siempre, como corresponde á un ministro como yo, que tiene pendiente de sus lábios al orbe entero, y con quien los pícaros ingleses quieren hacer lo que con *el otro*: encerrarlo en Santa Elena.

El señor marqués de la Habana: Ante todo, declaro que no quiero hacer oposicion al Gobierno; y como no quiero esto, y soy tan diplomático desde que fuí de embajador á París, y desde que aprendí el francés, y desde que el Emperador de la Francia me llevó á paseo en su carruaje, y desde que le dije á Mr. Thouvenel que en España hacian mal en recordar el Dos de Mayo, y que los españoles debian llevar sobre los hombros una especie de peñon (suponemos que de carton, porque si nó, el flamante embajador nos convertiria en animales de carga), con una bandera encima, que dijera: «Gibraltar» (¡qué bonita figura!); y además, soy hermano de don Manuel, y tengo tanta dignidad y tanta independencia y tanta resolucion, voy á dar un golpe maestro que aturda á amigos y adversarios, pidiendo la palabra en pro, hablando en contra, y no votando ni en contra ni en pro. Pues, como iba diciendo, el reembarque de nuestras tropas fué una calamidad, de la que tuvo la culpa el plenipotenciario español que no quiso reñir con su amigote Juarez, y que quiso dejar solos á esos pobres franceses que tanto nos quieren, que tanto se desviven por nosotros, y por último, que con tanta deferencia me han tratado.

Por lo demás, yo acepté la embajada de París, á pesar de opinar en contra del Gobierno que iba á representar,

porque sí;

y no la abandoné cuando el Emperador me embromó con aquel discurso, que todos han creido grave, y que yo no consideré más que como un rasgo de buen humor de aquel buen señor,

porque nó.

El señor Luzuriaga (presidente de la comision): Señores: la espedicion de Méjico, como todas las de esta especie, son espediciones de aventureros.....

¡Que digan que no apoyo con lealtad al Gobierno! y le apoyo porque yo soy un hombre muy respetable; porque mis muchos años no me permiten esperar la vuelta de mi antiguo amigo el duque de la Victoria; y en fin, porque *me dá la gana*, como dije otra vez en el Congreso cuando Espartero me parecia el mejor de los mortales; porque lo que es á mí, nadie me gana, incluso el general O'Donnell, á formalidad ni á consecuencia.

El presidente del Consejo de ministros *(sensacion; los senadores y el público se agitan en sus bancos; los que tienen presentadas sus dimisiones sudan la gota gorda; Cánovas del Castillo hace gestos nerviosos á los vecinos de enfrente; Navarro tartamudea palabras incomprensibles; Escobar palidece y dirije su tierna mirada, ya al Gran Cristiano, ya á su antiguo protector el conde de San Luis; Albuerne alarga las narices; Hazañas se coloca enfrente del orador para darle aliento, y todos se preparan á escuchar)*: Señores: estoy conforme con el general Concha respecto de la política que debe seguirse en Méjico; pero tambien estoy conforme con la que ha seguido el general Prim, que es precisamente la contraria. Pero entiéndase que uno se refiere á tiempo pasado y otro al venidero: razon por la cual me hallo conforme con los dos. *(Bien, muy bien).*

Mirad con reflexion los documentos diplomáticos que ha suscrito mi compañero el de Estado, y os convencereis de que los hay para todos los gustos; para satisfacer al general Concha como para contentar al general Prim.

Ahí tenemos el tratado de Lóndres, que yo no entiendo, es verdad, pero que no importa, porque tampoco entiendo de leyes y soy presidente del Consejo de ministros; y no puedo ser menos que eso, como le dije á mi amigote el señor Armero, cuando siéndolo él, quiso mandarme á la isla de Cuba á organizar y á dirijir la espedicion que debia ir á exijir satisfacciones á Méjico, y yo no quise aceptar el encargo; porque yo soy muy patriota y estoy dispuesto á sacrificarme por mi Reina y por mi patria, siempre que me venga bien, y sobre todo, en el sillon de la presidencia del Consejo de ministros. *(Bravo, bravísimo).*

Si la espedicion no fué á Méjico, no consistió en los franceses, como han dicho el general Prim y su compañero el de Estado; ni tampoco en los españoles, como han dicho el general Concha y el señor Bermudez de Castro, sino en los pícaros ingleses.

(Sublime, sublime,—esclama Calderon Collantes.—¡Oh! Lagarton, te comprendo: para no disgustar ni á los unos ni á los otros, los deja á todos iguales. ¡Con otro golpe como este, se eterniza en el poder!) Por lo demás, el general Prim ha hecho bien en no molestar á Juarez, que al fin es su amigote; y el general Concha está en lo cierto diciendo que Juarez es un pícaro á quien debe ajustarsele las cuentas, y á quien el Gobierno se las ajustara en regla; pero si las tropas españolas hubieran permanecido en el territorio mejicano, podia haberse *manifiestado* alguna *diferiencia*, y tras de la *divergiencia* venir la *coalicion* entre nuestras tropas y las francesas, y entonces sí que se arma buena; ¡que Dios no lo *haiga* permitido! (*Sublime, sublime.*) Y concluiria, si no fuera porque tengo que añadir que aquí no hay más que un Papa y dos anti-Papas; el Papa soy yo, y los anti-Papas Narvaez y Espartero; por consiguiente, yo soy el solo, el único; sin mí, adios pátria, libertad, Trono, órden, sociedad, y sobre todo, presupuesto. Aviso á los que hacen como que se quieren marchar, pero que de seguro no se marchan; porque una cosa es predicar y otra dar trigo, y aquí en mucho tiempo no hay nadie que dé trigo más que yo. He dicho. (*Agitacion, bravos, plácemes; y entre esta confusion:*)

Prim (*frotándose las manos*): Adios, compañeros, que voy á disponer la maleta para irme con mis antiguos amigos.

Concha: A mí con esas, ¿eh? Pues voy á contárselo á mi hermano.

Mayans (*de oyente intruso*): ¡Pues no soy yo poco estirado para sufrir más á los resellados de Valencia!

Los dimisionarios: ¡Vírgen de los Destinos, que no nos acepten las dimisiones de los nuestros!

El ministro de Estado: Lo ha hecho casi tan bien como yo.

Hazañas: ¡Ah! Danzante, ¡cómo me ha cojido las ideas que al descuido con cuidado he ido inculcando mientras hacia la partida á la duquesa! Bien, bien, bien; tu discurso es mio; tu gloria es mi gloria, yo tu digno sucesor.

Todos: Quedamos enterados.

(*La araña se apaga; todo queda á oscuras, ó como si dijéramos, cae el telon. A la misma hora se silbaba furiosamente una zarzuela digna de la pluma de un unionista.*)

Ociosidad de los caballos, gracias al vapor.

—Di, alazan, ¿en qué ocuparemos el tiempo? Sabes que ya me fastidia ver pasar y mas pasar los coches sobre los carruajes?

—¿Quieres que nos dejemos conducir á Aranjuez en una berlina, para pasar allí el dia?

—Corriente; pero me temo que no nos admitan, porque veo que muchos de nuestros compañeros de los que van dentro de los coches van vestidos de frac y llevan sombrero de copa.

—Pero si ellos nos llevan ventaja en el traje, nosotros se la llevamos en talento.

Efectos de los discursos de O'Donnell y Calderon en el Senado.

Gran elocuencia es la suya;
la introduccion no ha acabado,
y ya estoy esperezado.
¿Qué será cuando concluya?

Apenas empieza á hablar
el ilustre Calderon,
me produce una emocion
imposible de pintar.

HISTORIA

de una comedia, contada por ella misma.

Salí de la cabeza de mi padre entre el humo de los detestables cigarrillos de papel que se venden en los estancos de Madrid, y á la vacilante luz de una mala vela, en un quinto piso de una casa de la calle de la Montera. Mi cuna no pudo ser más elevada.

Varios amigos de mi padre, que tenian trazas de ser unos pobres diablos aunque se la echaban de entendidos en ciencias y literatura, me hojearon con aparente cariño; y cuando ya perfeccionada, correjida y aumentada asistieron una noche á mi lectura, me encontraron, despues de apurar sendas copas, tan perfecta, que, segun les oí repetir muchas veces, *El hombre de mundo* era una obra baladí comparada conmigo.

Confieso que aquellos elogios me trastornaron bastante y empecé á concebir esperanzas de hacer lo que mis admiradores llamaban una *revolucion literaria*. En cuanto á mi padre, se le caia la baba, y no hacia más que pasearse por su estrecha habitacion, esponjándose la melena que empezaba á estar bastante rala, efecto de lo mucho que se la habia manoseado al darme á luz.

Un dia por la mañana, despues de atentos y respetuosos saludos, fuí depositada en manos de un caballero de pocas palabras, que me tomó con cierto aire reservado y frio, prometiendo leerme para ver si me juzgaba digna de ponerme en escena. Era la vez primera que me separaba de mi cariñoso padre, y esperimenté una sensacion estraña, parecida al miedo; cosa que no tiene nada de particular, pues el melenudo autor de mis dias temblaba como la hoja en el árbol al despedirse de aquel señor frio, que de cuando en cuando tosia,—contestando á varios que le preguntaron por su salud,—que se encontraba *constipado*. Despues he sabido que aquel señor tose siempre y contesta de igual modo á cuantos le saludan. Lo que yo no comprendia entonces era, cómo tosiendo tanto podia arrebatar al público; pero luego he visto que los espectadores transijen con su tos, porque con ella y todo es el mejor actor que tenemos.

El gran artista me tuvo más de un año en su poder sin leerme, y dejando que el polvo ensuciase mi blanco traje. De quince en quince dias solia mi pobre padre darse una vuelta preguntando por mí, y siempre se retiraba tan taciturno como habia entrado, oyendo la misma tos y la misma respuesta. Mientras estuve en el teatro, oí conversaciones y presencié escenas mucho más curiosas é interesantes que las que á mí me adornaban. Acaso algun dia, cuando me encuentre más tranquila, me decida á contarlas para edificacion y recreo de las gentes sencillas.

Cansado mi padre de esperar y de oir toser, me sacó de las manos del gran artista, sin atreverse á exhalar una queja ni á hacer la más leve reconvencion al que tanto me habia despreciado. Su timidez me pareció casi bajeza, pero me sentí alegre creyéndome restituida al seno de mi familia. ¡Vana ilusion! Aquel mismo dia fuí á parar á las inquietas manos de otro actor de mucha fama, quedando maravillada al ver cómo con aquella figura anti-artística se podia ser galan. Despues, cuando he visto trabajar á este actor, cuya movilidad de brazos y de piernas se me hace insoportable, me he convencido de lo fácil que es conquistar un nombre.

Este actor, ó más curioso ó más formal que el otro, me leyó; pero con cierto desdén, irritante para mi dignidad, echándosela de suficiente, arrugando

el entrecejo á cada palabra, y como quien solo busca defectos. Conforme me iba convenciendo que le disgustaba, iba recobrando la alegría; pues hubiera sentido mucho deber mi celebridad á un actor tan indigesto y descontentadizo, y que además me era tan poco simpático.

¿Pero era yo lo que los amigos de mi padre llamaban una joya literaria? Eso es lo que nunca he podido saber. Como estoy condenada á una completa oscuridad, no tengo verdadera conciencia de mí misma. Prosigamos mi triste historia.

Desahuciada sin apelacion por el actor de las movibles manos, fuí á parar á las de otro primer actor, cuyo acento gutural me causó malísima impresion. Aquel jóven que sentia con la garganta y que parecia doblegado bajo el peso de su presuncion, imitando en su manera de declamar unas veces á Latorre y otras á Luna, y viviendo siempre de reminiscencias, hizo como que me leia, dejándome y volviéndome á cojer muchas veces. Estaba delante de un espejo, y más que á mí atendia á su persona. Despues me han contado que se ha retirado de la escena. Ni lo siento ni me alegro. Tambien estuve por entonces en las delicadas manos de una actriz de mucha fama, que me contempló con lástima unos instantes, y me abandonó con desdén.

Desde allí pasé, metida en un bolsillo del gaban de mi asendereado padre, á un teatro bastante estraviado, donde no se sabia quién mandaba. En los pocos dias que allí estuve, ví que aquello no podia prometerme más que disgustos y sinsabores, y á mis solas suspiré más de una vez por la bohardilla en que nací.

El primer galan de aquel teatro no se fijaba en nada, y todo lo hacía como maquinalmente. Cuando salia á la escena, daba unas voces estupendas, y empecé á mirar con prevencion al público porque le aplaudia, precisamente en los momentos en que más descompuesto y más voceador estaba. Era una reputacion á prueba de berridos, que estaba muy lejos de ser la que convenia á mi complexion delicada.

Como aquel galan rompió, ó mejor dicho, tuvo que romper la escritura, porque sus compañeros se le habian subido á las barbas, mi padre, al ver que el segundo actor de la compañía, protejido por la dama, se elevó de un salto al rango de primero, siendo infinitamente peor que el de las voces, se decidió á sacarme de aquel burdel llevándome á casa, de donde no debí salir jamás, á juzgar por los sangrientos desaires que en todas partes recibia.

¡Lo que es el amor paternal! El autor de mis dias, desfallecido de necesidad y á la luz de un triste cabo de vela, me leyó aquella noche sin perdonar una letra, llorando varias veces enternecido con mis muchos encantos. Para él volvia á ser la *joya literaria* de otros tiempos; hasta creo que despues de la larga ausencia me encontró más hermosa y seductora que antes. No me sucedió á mí eso respecto á mi padre, al cual tuve lugar de observar mientras me leia, encontrándole más flaco, calvo y demacrado que cuando por vez primera me separé de su lado.

Y aquí tengo necesidad de tomar aliento para referir la nueva fase de mi azarosa vida y mi segunda peregrinacion por los teatros de zarzuela, donde aprendí cosas tan nuevas como curiosas, haciendo conocimiento con músicos y cantantes, gente más animada y bulliciosa que los actores de verso.

Dentro de ocho dias proseguiré, sin que lo sepa mi padre, la interminable relacion de mis desdichas.

DEFENSA DE DON PEDRO.

Señor director de LA IBERIA.

Muy señor mio: Segun lo blando que soy de corazon, más parezco fabricante de manteca que de hierro, y no he podido ver con ojos enjutos el ensañamiento con que ha tratado Vd. al señor don Pedro Salaverría, por la ligera modificacion que ha introducido en la ya famosa reforma arancelaría. Y aun cuando á Vd. no le pareciese tan ligera la ligereza del señor ministro de Hacienda, ¿habia motivo para ponerle como ropa de Páscuas? ¿Lo habrá nunca para olvidar los estraordinarios servicios que ha prestado á la nacion?

Antes que libre-cambista debe Vd. ser español, y recordar los beneficios que la España debe á este grande hombre, que á pesar de su humilde orígen y de su modesto carácter, ha llegado á la silla ministerial en hombros de los polacos y progresistas, moderados y unionistas.

Por grandes que sean las dimensiones de LA IBERIA, no cabe en sus columnas ni la más ligera reseña de sus gloriosos hechos, y así me limitaré á recordar á Vd. alguno que otro, ya que su ingratitud ha dado todos al olvido.

Vd. sabe muy bien que una de las causas del atraso en que de algunos años á esta parte ha caido nuestra pátria, es la maldita desamortizacion civil y eclesiástica que acordaron los pícaros progresistas en sus breves pero desastrosos dias de mando. Pues recuerde Vd. que aunque el general O'Donnell tuvo á bien acabar á cañonazos con las Córtes Constituyentes, seguia rijiendo la ley desamortizadora por ellas decretada, y era preciso cortar cuanto antes sus perniciosos efectos. El señor Cantero, aunque no era tan liberalote como en otros tiempos, no se prestaba á suspender la ley, y como es tan tiesecito, no hubo medio de vencer su resistencia. ¿Qué hubiera sido del país si el señor Salaverría no se hubiera prestado á refrendar el decreto de suspension?

Y sin embargo, Vd. no tiene ahora en cuenta este eminente servicio.

Vd. sabe muy bien que desgraciadamente el mismo señor Salaverría se ha visto despues en la necesidad de apechugar con la desamortizacion, pero esta es la hora en que no se ha conseguido ni se conseguirá de él que venda las fincas del clero.

Tampoco ha tenido Vd. presente este servicio. Usted sabe muy bien que estábamos en vísperas de un gran peligro. El dinero se ha aumentado, y los capitalistas estaban dispuestos á caer en la tentacion de emplearlo en caminos, canales y otras obras funestas para España. Pues el señor Salaverría nos ha librado de este peligro, llevándose los capitales á la Caja de Depósitos, donde sin trabajo ninguno, y sin utilidad de la nacion, gana el dinero un buen interés. Eso sí, es posible que algun dia si quieren recojerlo sus dueños, haya sus más (sus más, nó) y sus me-

nos; pero aun así y todo, no debia Vd. haber olvidado este beneficio de don Pedro.

Vd. sabe muy bien que la España no puede ser feliz si no prepondera sobre todos los estados el militar. Convencido de esta verdad el señor don Pedro, ha atendido con mano franca á las prodigalidades del ministro de la Guerra, y en la Montaña del Príncipe Pio, en Alcalá y en toda España, deja suntuosos monumentos que recordarán al país su benéfica administracion.

Y sin embargo, Vd. ha olvidado tambien este servicio. ¿Y cuántos otros más?

Y todo ¿por qué? Porque en vez de mantener su reforma arancelaria, la ha modificado en un par de artículos. Vd. no comprende esta inconsecuencia, y truena contra ella y se enfurruña con el señor Salaverría. Pues yo voy á decir á Vd. en confianza lo que ha pasado.

No hay hombre completo en este mundo, y aunque el señor Salaverría sabe mucho de muchas cosas, como el pobrecillo siempre ha tenido que servir al Estado para comer su pucherito de garbanzos, no ha tenido tiempo para estudiar la cuestion de aranceles. Pero felizmente tiene un director de aduanas, que segun dicen, es un lince, y fiado en él firmó el decreto de 27 de noviembre último. Desde aquel dia, ¡qué sensaciones tan fuertes y opuestas ha esperimentado el señor Salaverría! Vds.: los libre-cambistas en sus *meetings* y esposiciones le ponian en los cuernos de la luna, y el ministro decia: «¿Si seré yo un sábio y no lo habré conocido hasta ahora?» Al mismo tiempo nosotros y los demás fabricantes gritábamos y llorábamos, y entonces el ministro decia para sí: «Ese pícaro director me ha perdido.»

En este apuro hizo lo que haría todo hombre prudente: se acordó de que era ministro de la union liberal, y dijo: «Puesto que nuestro sistema es no tener ninguno, voy á resolver la cuestion de modo que no satisfaga á ningun sistema.»

Y en efecto, Vds. están furiosos y nosotros tambien. Pero nosotros perdonamos al ministro de los *yerros*, este y otros mayores que pueda cometer, en gracia de los servicios que ha prestado al país, y usted ha llevado su enojo hasta el punto de olvidarlos todos.

Cálmese Vd., no sea tan ingrato, y tome el ejemplo que le dá,

UN FABRICANTE DE HIERRO.

La última cena del año.

APROPÓSITO LÍRICO EN POCOS MOMENTOS.

Personajes que comen: Siete ministros.
Personajes que lamen: Todos los *resellados*.
Personajes que ayunan: Todos los contribuyentes.

Salon espacioso con vistas al *Presupuesto*. En su centro una mesa profusamente cubierta de manjares, entre los cuales descuella una fuente de *sangrecilla nacional*, adornada con los atributos de las cuarenta y nueve provincias. Es de noche; y aunque no llueve, los ministros aparecen cubiertos con el *impermeable sans-façon* que les caracteriza. Despues de sentarse todos á la mesa, don Eminente se ajusta la servilleta, y desenvainando su estuche dentario, se traga un besugo, diciendo al propio tiempo:

Abrid la boca al placer,
que es ya corta nuestra vida,
¡Quién mañana nos convida
si llegamos á caer!
Comamos si así ha de ser;
con eso podreis decir
que vinimos á morir
despues de la panza llena:
¿Dónde hay mejor *Noche-buena*
que la noche de engullir?

Todos se levantan á manifestar su reconocimiento al que así les anima al *jolgorio*. Don Eminente, que no vé en esto mas que un merecido tributo á sus talentos, saluda con arrogancia á sus comensales, y se dispone á continuar engullendo. Comienza la animacion. Van y vienen platos; lo que más abunda son las *ensaladas* y los *guisotes*; sabido es que los *principios* son cosa que la Union desconoce. Despues de una pausa mascable, dice Bertoldo:

Mi dicha es completa;
me siento feliz,
sin más que miraros
cobrar y engullir.
Reiros de cuentos,
que chille el país,
que por *fas ó nefas*
pasó otro año al fin,
y seguimos tiesos
dando que decir.
Brindo al año nuevo
y á nuestro *changüi*.

CALDERON. (Levantándose apresurado.)
¡No toques á eso,
ministro infeliz,
que dices *malhaiga*,
pedrominio, *ansin*,
diferiencia, y términos
que no son de aquí!
Oílos un dia
con gran retintin
á un alcalde intonso
coruñés, civil,
cuando me encumbraba
pagando el país,
y por eso solo
yo le protejí
á aquel traga-votos
de esta union feliz.
Brinda enhorabuena,
riñe como el Cid,
levanta cuarteles
y chupa el *anís*;
pero no hables nunca
delante de mí,
de lenguas é idiomas,
brillante *serichf*.

TODOS. Cierto, cierto, cierto.
¿Quién va á competir
con hombre que entiende
el griego, el latin,
la lengua de Byron,
de Lope y de Smith?

CALDERON. (*Con énfasis.*) Señores, mil gracias.
(*Aparte.*) Hablé y me lucí.

UN RESELLADO. Que siga la broma.

TODOS. Prosiga el festin.

(Se oyen los ecos de un acordeon que ejecuta un *pout-pourri de aires nacionales.*)

(Los criados presentan un abundante *fricandó de riñones de contribuyentes.*)

Algazara general y jaleo de mandíbulas. Un ciudadano paciente dice desde la covacha en que se oculta por presenciar estas escenas, limpiándose las lágrimas con las telarañas que crecen en el fondo de sus bolsillos:

Pagas mal distribuidas
son juego de la ambicion;
estas gentes tan leidas
¡ay! son víboras asidas
del pueblo en el corazon.

Los taponazos del Champagne ahogan sus lamentos. La gresca crece asombrosamente. Negrete se duerme soñando con las bodas de Canaam. Los demás hacen su santísimo gusto, y Salaverría dice para su capote: *al freir será el cobrar. Tableau.*

NOTA. No sale el argumento y silban al autor; pero el FIN MORAL de la obra prevalece, mal que le pese á todo el mundo.

Ha dicho un periódico de la mañana, que «se acerca el momento supremo en que el Gobierno español tiene que salir del *estado de* INANICION en que se halla respecto de Italia.».

¡Pobre de la Italia entonces! Pues para aplacar su hambre, este Gobierno se la comeria indudablemente.

Por Dios, señor colega,
no hagais así equívocos de pega,

CANTARES EN BOGA.

La cuestion del alumbrado
es una cuestion muy chusca,
porque despues de resuelta
nos quedamos más á oscuras.
Que se lo pregunten
á Moreno Elorza,
que es mozo de empuje.

—

Con la discusion, se dice,
viene la luz...—¡eso es broma!—
porque se trató del gas
y Madrid queda *á la sombra.*
Dígalo el de Sesto,
y su mayoría
del Ayuntamiento.

—

Por eso cantan y cantan
las mozas y los chiquillos:
«¡como el asunto es *de luces,*
algunos quedan *lucidos*!»
Y luego preguntan:
á los *deslumbrados,*
¿qué *luz* les alumbra?

La cuestion de Méjico, la causa sobre el asesinato de la calle de la Justa, el proceso Fontanellas, el asunto de la próroga del gas, y todas las cuestiones que tan preocupada tenian la atencion pública, acaban de ser absorbidas por un suceso que es objeto de toda suerte de comentarios.

Como el caso ha sido ya referido por la prensa, no le reproducimos: baste saber que se trata de un pedícuro cuyo *sistema* de estirpar los callos, haria poner los *piés en polvorosa* al prójimo que padeciera de más ojos de gallo que estrellas hay en el cielo.

El pedícuro de que se trata ha hecho un gran servicio al pueblo de Madrid, con el pánico que ha vertido á causa de la última estirpacion, verificada la cual, cumpliendo su programa, es decir, sin dolor, pasó á la segunda, que hizo poner el grito en el cielo al paciente. Recordando entonces el artista pedestre que se llama Leon (monsieur), soltó el precio de sus honorarios con una arrogancia, que se veia bien claro que decia para sus adentros: *quia nominor Leo.*

¡Figúrense ustedes si cuatro onzas de oro, pedidas así de improviso, no harian sensacion! Esta estirpacion era la más dolorosa... Dícese que el paciente empezó entonces á echar de menos los callos y los ojos de gallo. pero tenia que resignarse.

A consecuencia de esta *onzitombe,* se ha encontrado un maravilloso remedio para los callos. El que padezca de estas protuberancias, no tiene más que acercarse á la morada de este pedicuro, meter la mano en el bolsillo y... es probado que echa á correr como un gamo.

La Epoca divide el discurso pronunciado por el general O'Donnell en el Senado, en dos partes.

El Diccionario de la lengua, si le dieran á escojer, se quedaria sin ninguna.

Eso mismo le pasa al país.

DISPERSION.

Ya empiezan las dimisiones,
ya las firma el Gran Cristiano,
ya deseubriendo el pastel
tiró de la manta el diablo.
Ayer trae la *Gaceta*
las de Mayans y Navarro,
de Casaval (Zacarías),
y de Escobar (don Ignacio),
que como saben ustedes,
son cuatro piés... para un banco.
¡Guerra al coloso—
gritan los cuatro,—
y hasta verle en Somos-Aguas
cebollinos escardando,
no demos paz á la pluma
ni á nuestra lengua descanso!

—

¡Oh Júpiter unionista
que tienes por piernas zancos!
Pronto te vamos á ver
en tu quinta solitario,
como el gallo de Morón,
sin pluma y cacareando.

LA IBERIA SATÍRICA se dá

Gratis por todo el año á los que satisfagan la anualidad de *LA IBERIA* grande antes de terminar el mes de enero de 1863.

Gratis por todo el año á los que adelantando un semestre de *LA IBERIA* grande, abonen además **12** rs.

Gratis por un trimestre á los suscritores de *LA IBERIA* grande, de Madrid, y á los que en enero lo sean por trimestre en provincias.

Gratis por todo el año á los suscritores de las económicas, que durante el mes de enero satisfagan 16 rs., ademas de un semestre á cualquiera de ellas.

EDITOR RESPONSABLE, *D Inocente Ortiz y Casado.*

MADRID, 1863.—Imprenta de *José Rojas,* Fuencarral 23, bajo.